

PETRA
BIBLE CHURCH

Declaración Doctrinal de Petra

Doctrina

La doctrina es sumamente importante, eternamente importante. Somos responsables ante Dios de lo que creemos, pensamos, practicamos y aplicamos de la verdad que Él nos ha revelado en Su Palabra. Toda la Escritura testifica que Dios desea que lo conozcamos, confiemos en Él y andemos en una relación correcta con Él, y esto no puede suceder sin creer la sana doctrina (Jn. 17:3; 1 Ti. 4:16; Tit. 1:9; 2:1).

Esta declaración resume lo que la Iglesia Bíblica Petra cree que enseña la Biblia. Se sitúa en la tradición histórica reformada y bautista, arraigada en la Reforma protestante, y está siempre subordinada a la Palabra de Dios, la única autoridad final. Sostenemos estas verdades con convicción y humildad, con el propósito de glorificar a Dios, guardar el evangelio y equipar a Su pueblo para una vida y una misión fieles.

Nuestro marco de interpretación

En la Iglesia Bíblica Petra leemos la Palabra de Dios desde un marco covenantal progresivo. Creemos que toda la Biblia cuenta una sola historia unificada de redención y que cada libro de las Escrituras señala a la gloria de Jesucristo (Lc. 24:27, 44). Esta historia se desarrolla a través de una serie de pactos; cada uno se edifica sobre el anterior y revela progresivamente el plan eterno de Dios, el misterio ahora revelado en Cristo (Ef. 3:4-6). Creemos que las Escrituras revelan seis pactos:

1. **El pacto con la creación** (Adán): Dios hizo al hombre a Su imagen para gobernar sobre la creación, con Adán como cabeza del pacto de la raza humana (Gn. 1:26-28; 2:15-17).
2. **El pacto con Noé**: Dios prometió preservar Su creación después del diluvio (Gn. 9:8-17).
3. **El pacto con Abraham**: Dios prometió un pueblo, una tierra y una simiente por medio de la cual serían benditas todas las naciones (Gn. 12:1-3; 15; 17; Gá. 3:16).
4. **El pacto mosaico** (el Antiguo Pacto): Dios dio Su ley a Israel, revelando Su santidad, exponiendo el pecado y señalando a Cristo (Éx. 19–24; Gá. 3:24).
5. **El pacto con David**: Dios prometió a David un hijo que reinaría en su trono para siempre (2 S. 7:12-16).
6. **El Nuevo Pacto**: Dios prometió escribir Su ley en el corazón de Su pueblo, darle Su Espíritu y perdonar por completo sus pecados (Jer. 31:31-34; Ez. 36:25-27).

Cada pacto encuentra su cumplimiento en Cristo. Él es el verdadero Adán, la simiente prometida de Abraham, el Hijo que guardó perfectamente la ley y el Rey eterno del linaje de David. Por Su sangre estableció el Nuevo Pacto, creando un solo pueblo nuevo de Dios de judíos y gentiles, en el cual cada miembro ha nacido del Espíritu y conoce al Señor (Lc. 22:20; Ef. 2:14-16; He. 8:6-13). Por lo tanto, interpretamos toda la

Escritura a la luz de su lugar en esta historia de los pactos y de su cumplimiento en Cristo.

Las cinco solas

Nos unimos a la histórica Reforma protestante al afirmar las cinco *solas* (del latín, «solo»). Estas resumen el evangelio bíblico y lo protegen de toda añadidura humana.

***Sola Scriptura* (Solo la Escritura):** Solo las Escrituras son la Palabra de Dios inspirada, inerrante y suficiente, y la autoridad final sobre toda fe y práctica. Con la conclusión del Nuevo Testamento, el canon está cerrado; Dios ha hablado plena y definitivamente en Su Hijo, y no se debe esperar más revelación. La tradición eclesiástica, los concilios, los credos y la experiencia personal están subordinados a las Escrituras y deben ser juzgados por ellas. (2 Ti. 3:16-17; 2 P. 1:20-21; He. 1:1-2; Jud. 3; Ap. 22:18-19; Is. 8:20; Hch. 17:11)

***Sola Gratia* (Solo por gracia):** La salvación es enteramente una obra de la gracia soberana de Dios. La gracia es el favor inmerecido de Dios. Es Su bondad dada gratuitamente a pecadores que no han ganado de Él sino Su ira. Los pecadores, muertos en sus delitos y pecados, no aportan ningún mérito a su salvación; solo Dios da vida nueva a los espiritualmente muertos (Ef. 2:1-5, 8-9; Ro. 3:24; 11:6; Tit. 3:5).

***Sola Fide* (Solo por la fe):** El pecador es justificado delante de Dios solo por la fe, no por obras, sacramentos ni rituales religiosos. La justicia de Cristo es imputada al creyente y recibida por la fe. Las buenas obras son el fruto de la fe salvadora, nunca su raíz. (Ro. 3:28; 4:5; 5:1; Gá. 2:16; Fil. 3:9; Stg. 2:17-18)

***Solus Christus* (Solo Cristo):** La salvación se encuentra solo en la persona y la obra consumada de Jesucristo. Él es el único mediador entre Dios y los hombres; ningún sacerdote, santo u otro intercesor puede tomar el lugar de Cristo, porque solo Él es Salvador y mediador por medio de Su sacrificio único y suficiente. (Hch. 4:12; Jn. 14:6; 1 Ti. 2:5; He. 7:25; 10:12-14)

***Soli Deo Gloria* (Solo a Dios la gloria):** Porque la salvación es del Señor de principio a fin, toda la gloria pertenece solo a Dios. Toda la vida cristiana —la adoración, el trabajo, la familia y la misión— debe vivirse delante de Su rostro para Su gloria y no para la gloria del hombre. (Ro. 11:36; 1 Co. 10:31; Is. 42:8; Ef. 1:6, 12, 14; Gá. 6:14)

La Biblia

Su inspiración. Creemos que la Biblia, los sesenta y seis libros del Antiguo y del Nuevo Testamento, es la misma Palabra de Dios. Las Escrituras son inspiradas verbal y plenamente: cada palabra, y cada parte del todo, fue inspirada por Dios (2 Ti. 3:16; Mt. 5:18). Dios no dictó Su Palabra de manera mecánica. A lo largo de unos 1.500 años, el Espíritu Santo inspiró a unos cuarenta autores humanos, obrando a través de sus propias personalidades, idiomas, trasfondos y llamados, de modo que las palabras

que escribieron son las mismas palabras de Dios, exactamente como Él las dio en los manuscritos originales (2 P. 1:20-21; 2 S. 23:2; Jer. 1:9).

Su inerrancia y autoridad. Porque Dios no puede mentir, Su Palabra no tiene error en nada de lo que afirma, ya sea en asuntos de fe, de historia o del mundo creado (Nm. 23:19; Sal. 12:6; Jn. 10:35; 17:17; Tit. 1:2). Las Escrituras son la autoridad suprema y final sobre toda fe y práctica. Toda tradición, concilio, credo, maestro y experiencia debe ser juzgado por ellas (Is. 8:20; Hch. 17:11).

Su suficiencia. Las Escrituras son suficientes para toda área de la vida y la piedad. Nos hacen sabios para la salvación por la fe en Cristo y nos equipan enteramente para toda buena obra (2 Ti. 3:15-17; 2 P. 1:3). De Génesis a Apocalipsis está la revelación escrita completa de Dios a la humanidad; no necesitamos ninguna palabra adicional (He. 1:1-2; Jud. 3; Ap. 22:18-19). Por lo tanto, las Escrituras son suficientes para el cuidado del alma, pues revelan la verdadera naturaleza del hombre, la raíz de sus problemas en el pecado y el único remedio duradero en Cristo (Sal. 19:7-11; He. 4:12). No aceptamos ninguna psicología como autoridad al lado de la Palabra de Dios ni por encima de ella. Como toda verdad es verdad de Dios, algunas observaciones sobre la conducta humana pueden a veces reflejar lo que Dios ha revelado en Su creación (Sal. 19:1; Ro. 1:20). Sin embargo, la psicología está en su mejor expresión solo cuando se somete a la Palabra de Dios, y toda teoría debe ser juzgada por las Escrituras y rechazada dondequiera que las contradiga (Col. 2:8; 2 Co. 10:5).

Su canon. Los sesenta y seis libros de la Biblia constituyen el canon completo de las Escrituras, tal como Dios lo ha ordenado divinamente. La iglesia no creó el canon, sino que reconoció los libros que Dios ya había inspirado. Los libros apócrifos, aunque tienen valor histórico, no son Escritura inspirada y no tienen autoridad en asuntos de doctrina ni de práctica cristiana (Lc. 24:44; Ro. 3:2).

Su claridad y su poder. Las Escrituras son claras. Lo que se debe saber, creer y obedecer para la salvación está revelado con claridad, de modo que las personas comunes, no solo los eruditos, puedan entenderlo mediante el uso ordinario de los medios (Dt. 30:11-14; Sal. 19:7; 119:105, 130). Sin embargo, a causa del pecado, las personas que no son espirituales no pueden recibir las verdades del Espíritu de Dios ni discernirlas (1 Co. 2:14). Por eso el Espíritu Santo ilumina la mente para que la persona pueda entender correctamente las Escrituras. Él abre el corazón de los elegidos para que las reciban, las crean y las obedezcan (Lc. 24:45; Hch. 16:14; 1 Co. 2:12; Ef. 1:17-18). La Palabra de Dios revela fielmente Su carácter y Su voluntad, y cumplirá todos los propósitos soberanos y perfectos de Dios, decretados antes de la fundación del mundo (Is. 55:10-11; He. 4:12).

Dios

Un solo Dios en tres personas. Creemos que hay un solo Dios vivo y verdadero (Dt. 6:4; Is. 45:5; 1 Co. 8:4-6). Él existe eternamente en tres personas distintas: Dios el Padre, Dios el Hijo y Dios el Espíritu Santo. Cada persona es plena e igualmente Dios,

comparte la única esencia divina, es igual en poder y gloria, y es coeterna (Mt. 3:16-17; 28:19; Jn. 1:1; Hch. 5:3-4; 2 Co. 13:14). No hay tres dioses (triteísmo), ni es Dios una sola persona que se manifiesta en tres modos o formas (modalismo). Dios es uno en esencia y tres en personas (Jn. 10:30).

Sus perfecciones. Dios existe por sí mismo y es autosuficiente; no necesita nada fuera de sí mismo (Éx. 3:14; Hch. 17:24-25). Todas Sus perfecciones existen en Él en perfecta unidad; Él no está compuesto de partes, y cada uno de Sus atributos es plenamente lo que Él es (Mal. 3:6; Stg. 1:17). Algunas de Sus perfecciones pertenecen solo a Dios. Él es eterno, sin principio ni fin (Sal. 90:2). Es inmutable, nunca cambia en Su ser, Su carácter ni Sus propósitos (Mal. 3:6; He. 13:8). Es omnipotente, todopoderoso, capaz de hacer toda Su santa voluntad (Jer. 32:17; Mt. 19:26). Es omnisciente, conoce todas las cosas pasadas, presentes y futuras (Sal. 139:1-6; Is. 46:9-10). Es omnipresente, está presente en todo lugar con todo Su ser (Sal. 139:7-12; Jer. 23:24). Es trascendente, exaltado por encima de todo lo que ha hecho y distinto de ello (Is. 40:28; 55:8-9), y aun así está cerca de Su pueblo (Hch. 17:27-28). Otras perfecciones Dios las refleja, en parte, en los que fueron hechos a Su imagen. Él es santo, amoroso, bueno, misericordioso, lleno de gracia, justo, sabio, verdadero y fiel (Éx. 34:6-7; Is. 6:3; Dt. 32:4; 1 Jn. 4:8). La ira de Dios no es una pasión pecaminosa, sino la respuesta santa y justa de Su naturaleza contra todo pecado (Ro. 1:18; Nah. 1:2-3).

Su soberanía. Dios es el Creador de todas las cosas, visibles e invisibles (Gn. 1:1; Col. 1:16). Antes de la fundación del mundo, Él decretó libre e inmutablemente todo lo que sucede, según el consejo de Su propia voluntad (Is. 46:9-10; Ef. 1:11). Nada sucede por casualidad, y nada está fuera de Su control. En Su providencia, Él sostiene, dirige y gobierna a todas las criaturas, acciones y acontecimientos, desde el surgimiento y la caída de las naciones hasta la caída de un pajarillo y las suertes que se echan (Sal. 115:3; Pr. 16:33; 21:1; Dn. 4:34-35; Mt. 10:29-30; He. 1:3). Él gobierna incluso los actos malvados de los hombres y de Satanás, dirigiéndolos para cumplir Sus buenos propósitos, como lo hizo de manera suprema en la cruz (Gn. 50:20; Hch. 2:23; 4:27-28). Sin embargo, Dios nunca es el autor del pecado, ni Su soberanía elimina la verdadera responsabilidad de Sus criaturas (Stg. 1:13-14).

Dios también es absolutamente soberano en la salvación. La salvación pertenece al Señor (Jon. 2:9). Él escogió a Su pueblo en Cristo antes de la fundación del mundo, no según sus obras ni su voluntad, sino según Su propio propósito y gracia (Ro. 9:15-16; Ef. 1:4-5; 2 Ti. 1:9). Todos los que el Padre ha dado al Hijo vendrán a Él, y el Hijo no perderá a ninguno de ellos (Jn. 6:37-39, 44). A los que Dios predestinó, también los llama, los justifica y los glorifica (Ro. 8:29-30). Todas las cosas son de Él, por Él y para Él; a Él sea la gloria por los siglos (Ro. 11:36).

El hombre

Su creación. Dios creó al hombre, varón y hembra, bueno y recto, a Su propia imagen y semejanza (Gn. 1:26-27, 31; Ecl. 7:29). Como portador de Su imagen, el hombre recibió una mente para conocer a Dios, una voluntad para amarlo y obedecerle, y emociones para deleitarse en Él. Fue creado en justicia y santidad, para gobernar sobre la creación y glorificar a Dios (Gn. 1:28; Ef. 4:24; Col. 3:10).

Su caída. Nuestros primeros padres, engañados por la astucia y la tentación de Satanás, pecaron contra Dios al comer del fruto prohibido (Gn. 3:1-13; 2 Co. 11:3). Por este pecado cayeron de su justicia original y de su comunión con Dios, y así quedaron muertos en el pecado y totalmente contaminados en todas las facultades y partes del alma y del cuerpo (Gn. 2:17; Ef. 2:1; Tit. 1:15; Ro. 3:10-18). Puesto que Adán era la raíz y la cabeza del pacto de toda la humanidad, la culpa de su pecado es imputada a toda su descendencia, y la misma muerte en el pecado y la naturaleza corrompida se transmiten a todos los que descienden de él por generación ordinaria (Sal. 51:5; Ro. 5:12-19; 1 Co. 15:21-22). De esta corrupción original, por la cual estamos completamente indispuestos, incapacitados y opuestos a todo bien, y totalmente inclinados a todo mal, proceden todos los pecados actuales (Gn. 6:5; Ro. 8:7; Col. 1:21; Stg. 1:14-15; Mt. 15:19). Por lo tanto, toda persona está por naturaleza sujeta a la ira de Dios, está bajo la maldición de la ley y sujeta a la muerte (Ef. 2:3; Gá. 3:10; Ro. 6:23).

La imagen de Dios en el hombre no fue aniquilada por completo, pues el hombre sigue siendo un ser racional y moral que lleva la imagen de Dios y debe ser tratado con dignidad (Gn. 9:6; Stg. 3:9). Sin embargo, como enseñó Calvino, esa imagen quedó tan corrompida que lo que queda es una horrible deformidad. El verdadero conocimiento, la justicia y la santidad en que el hombre fue creado se perdieron, y solo se restauran por la regeneración en Cristo (Ef. 4:24; Col. 3:10).

Su depravación. El hombre está totalmente depravado: el pecado ha corrompido cada parte de su ser. Su mente está entenebrecida y no puede entender las cosas de Dios (1 Co. 2:14; Ef. 4:18). Su voluntad está esclavizada al pecado; escoge libremente lo que desea, pero nunca desea a Dios (Jn. 8:34; Ro. 8:7). Sus emociones están desordenadas, de modo que ama más las tinieblas que la luz (Jn. 3:19). Su corazón es lo más engañoso que hay (Jer. 17:9). Por lo tanto, el hombre no puede venir a Dios ni agradarle (Jn. 6:44; Ro. 8:8). Vivirá en rebelión abierta u oculta contra Dios hasta que el Espíritu Santo regenere su corazón, de modo que se arrepienta y crea solo en Cristo para salvación (Ez. 36:26; Jn. 3:3-8; Ef. 2:4-5).

Jesucristo

Su deidad. Jesucristo es el eterno Hijo de Dios, la segunda persona de la Trinidad. No es un ser creado; es de la misma esencia que el Padre, plena y eternamente Dios, por medio de quien todas las cosas fueron hechas (Jn. 1:1-3; 10:30; Col. 1:15-17; He. 1:3,

8). Es adorado como Dios y llamado Dios (Jn. 20:28; Ro. 9:5; Tit. 2:13). Al hacerse hombre, no dejó de ser Dios ni renunció a ninguna parte de Su naturaleza o atributos divinos. La encarnación no fue la resta de la deidad, sino la adición de la humanidad. Él «renunció a sus privilegios divinos» y adoptó «la humilde posición de un esclavo» (Fil. 2:6-7), pero nunca renunció a Su deidad. En Él habita toda la plenitud de Dios en un cuerpo humano (Col. 2:9).

Su encarnación. Cuando se cumplió el tiempo establecido, el Hijo eterno tomó un verdadero cuerpo humano y un alma racional, con una verdadera mente y voluntad humanas, concebido por el poder del Espíritu Santo y nacido de la virgen María (Mt. 1:18-23; Lc. 1:35; 2:52; Gá. 4:4). Él es verdaderamente Dios y verdaderamente hombre: dos naturalezas completas y distintas unidas en una sola persona para siempre. Esto se llama la unión hipostática. Las dos naturalezas están unidas sin confusión ni cambio, de modo que Su deidad no se mezcló con Su humanidad ni fue disminuida por ella, y sin división ni separación, de modo que Él es un solo Cristo, no dos personas (Jn. 1:14; Col. 2:9; He. 2:14-17). Cada naturaleza conserva sus propias propiedades, y todo lo que hizo como Dios o como hombre, lo hizo como una sola persona. Porque es plenamente Dios, Su sacrificio tiene valor infinito; porque es plenamente hombre, pudo verdaderamente tomar nuestro lugar (1 Ti. 2:5; He. 2:17; 4:15).

Su vida, Su muerte y la doble imputación. Jesús vivió una vida perfectamente sin pecado, cumpliendo toda justicia en obediencia al Padre. Esto se llama Su obediencia activa, por la cual guardó perfectamente la ley de Dios en nuestro lugar (Mt. 3:15; Ro. 5:19; He. 4:15). Luego murió en la cruz como el sacrificio perfecto por Su pueblo, cargando la ira de Dios como su sustituto. Esto se llama Su obediencia pasiva, por la cual sufrió el castigo completo que merecían nuestros pecados (Is. 53:4-6; Mt. 1:21; Jn. 10:11; Ro. 3:24-26; Fil. 2:8; 1 P. 2:24). En Él hay una doble imputación, es decir, una doble acreditación: el pecado del creyente es acreditado a Cristo, quien pagó su castigo en Su muerte, y la justicia perfecta de Cristo, ganada por Su vida sin pecado, es acreditada al creyente (2 Co. 5:21; Ro. 4:5-8; Fil. 3:9). Su obra de redención está consumada y completa (Jn. 19:30; He. 10:12-14).

Su resurrección y exaltación. Al tercer día, Jesús resucitó corporalmente de entre los muertos, venciendo al pecado, a la muerte y a Satanás (1 Co. 15:3-8, 20). Ascendió al cielo y está sentado a la diestra del Padre, donde reina como Señor sobre todo (Hch. 1:9-11; Ef. 1:20-22; Fil. 2:9-11).

Sus oficios. Cristo ejerce tres oficios, y cumple cada uno de ellos para Su pueblo ahora. Él es nuestro Profeta, que nos ha revelado perfectamente a Dios y que sigue hablando hoy a Su iglesia por Su Palabra mediante Su Espíritu (Jn. 1:18; 16:13-14; He. 1:1-2). Es nuestro Sacerdote, que se ofreció a sí mismo una vez para siempre y ahora vive siempre para interceder por nosotros a la diestra del Padre (Ro. 8:34; He. 7:24-27; 1 Jn. 2:1). Es nuestro Rey, que reina ahora sobre todas las cosas a favor de Su iglesia, gobernando y defendiendo a Su pueblo, sometiendo a Sus enemigos y edificando Su reino por medio del evangelio (Mt. 28:18; 1 Co. 15:25; Ef. 1:20-22; Col. 1:13). En Su

regreso, Su reinado será plenamente manifestado, cuando venga en gloria a juzgar a los vivos y a los muertos (Hch. 10:42; Ap. 19:16).

El único Salvador. No hay otro nombre bajo el cielo en que una persona pueda ser salva, porque Jesucristo es el unigénito Hijo de Dios, el Cordero perfecto del sacrificio y el único mediador entre Dios y el hombre pecador (Jn. 3:16; 14:6; Hch. 4:12; 1 Ti. 2:5). Nadie es salvo por buenas obras, buenas intenciones, sinceridad, ni por ser una persona amable o moral, porque todos hemos pecado y nadie puede alcanzar la meta gloriosa establecida por Dios (Ro. 3:20, 23; Gá. 2:16; Tit. 3:5). Ni la religión, ni los rituales, ni la membresía en una iglesia, ni la intercesión de los santos pueden salvar. Tampoco la psicología, la superación personal ni ningún esfuerzo humano por sanar el alma, porque no pueden quitar la culpa delante de un Dios santo ni dar vida nueva a un corazón muerto en el pecado (Jer. 17:9; Ef. 2:1-9). La salvación se encuentra solo en Cristo, y se recibe solo por la fe en Él (Jn. 3:36; Ro. 10:9-14).

El Espíritu Santo

Su persona. El Espíritu Santo es Dios, la tercera persona de la Trinidad, plenamente igual al Padre y al Hijo, y posee todos los atributos de Dios (Mt. 28:19; Hch. 5:3-4; 1 Co. 2:10-11). No es una fuerza o un poder impersonal, sino un ser personal que piensa, habla, decide, enseña y puede ser entristecido (Jn. 14:26; 16:13; Hch. 13:2; 1 Co. 12:11; Ef. 4:30).

Su obra en la salvación. El Espíritu Santo es esencial para la salvación de todo creyente. Él convence al mundo de pecado, de justicia y de juicio (Jn. 16:8-11). Regenera al pecador espiritualmente muerto, dándole el nuevo nacimiento y concediéndole arrepentimiento y fe (Jn. 3:5-8; Tit. 3:5). En la conversión, bautiza a todo creyente en el cuerpo de Cristo, viene a morar permanentemente en él y lo sella como posesión de Dios, la garantía de su salvación plena y final (Ro. 8:9; 1 Co. 12:13; Ef. 1:13-14; 4:30).

Su obra en el creyente. El Espíritu enseña, guía a toda verdad, ilumina las Escrituras que Él inspiró y trae a la memoria lo que Dios ha revelado (Jn. 14:26; 16:13; 1 Co. 2:12-14; 2 P. 1:21). El Espíritu Santo es quien santifica al creyente. El creyente no puede hacerse santo por su propia fuerza, fuerza de voluntad ni esfuerzo religioso (Gá. 3:3). Es el Espíritu quien lo conforma a la imagen de Cristo y produce Su fruto en su vida (Ro. 8:29; 2 Co. 3:18; Gá. 5:22-23; 1 Ts. 5:23). El creyente es llamado a obedecer, a hacer morir el pecado y a buscar la santidad; sin embargo, aun esto lo hace solo por el poder del Espíritu, porque Dios es quien obra en él y le da el deseo y el poder para hacer lo que a Él le agrada (Ro. 8:13; Fil. 2:12-13). Él consuela, asegura al creyente que es hijo de Dios y le ayuda en la oración (Jn. 14:16-17; Ro. 8:15-16, 26-27). A los creyentes se les manda ser llenos del Espíritu continuamente, andando en obediencia a Él en lugar de entristecerlo o apagarlo (Gá. 5:16, 25; Ef. 4:30; 5:18; 1 Ts. 5:19).

Su propósito. El Espíritu Santo no llama la atención sobre sí mismo, sino que glorifica a Cristo, y da poder a la iglesia para dar testimonio de Cristo hasta lo último de la tierra (Jn. 15:26; 16:14; Hch. 1:8).

La elección

Antes de la fundación del mundo, Dios, conforme a lo que Él quiso y le agradó, escogió por gracia en Cristo un pueblo para sí de todo pueblo, tribu, lengua y nación para ser salvo (Ef. 1:4-6; 2 Ts. 2:13; Ap. 5:9; 7:9). Esta elección es incondicional; no se basa en ninguna fe prevista, mérito ni buenas obras en el hombre, sino solo en la gracia soberana y el amor de Dios (Dt. 7:7-8; Ro. 9:11-16; 11:5-6; 2 Ti. 1:9). A los que Dios ha escogido, Él los llama, los regenera, los justifica y los glorificará, y ninguno de ellos se perderá (Jn. 6:37-39; 10:26-29; Ro. 8:29-30). La elección no convierte al hombre en un títere ni elimina su responsabilidad; toda persona es responsable ante Dios por su pecado y se le manda arrepentirse y creer en el evangelio (Ez. 18:30-32; Mr. 1:15; Jn. 3:18; Hch. 17:30-31; Ro. 9:19-20).

La elección y la evangelización. La elección divina no es una razón para la pasividad en la evangelización; es la gran confianza de las misiones. Dios ha escogido un pueblo de cada nación, y ha ordenado que sea reunido por medio de la predicación del evangelio (Ro. 10:13-17; 2 Ts. 2:13-14; Ap. 5:9). Puesto que no sabemos quiénes son los elegidos, proclamamos a Cristo libre y urgentemente a todas las personas, llamando a cada pecador a arrepentirse y creer (Mt. 28:19-20; Hch. 17:30). Lo hacemos con confianza, sabiendo que todos los que el Padre ha dado al Hijo vendrán a Él y que la Palabra de Dios no volverá a Él vacía (Jn. 6:37; 10:16; Is. 55:11). Esta confianza sostuvo al apóstol Pablo. Cuando el Señor le dijo: «mucha gente de esta ciudad me pertenece», él se quedó y predicó (Hch. 18:9-11). Él escribió: «Estoy dispuesto a soportar cualquier cosa si esta traerá salvación y gloria eterna en Cristo Jesús a los que Dios ha elegido» (2 Ti. 2:10). Dondequiera que se predica el evangelio, «todos los que fueron elegidos para la vida eterna se convirtieron en creyentes» (Hch. 13:48).

El fruto de esta doctrina. Bien entendida, la elección humilla al creyente, porque él no contribuyó en nada a su salvación (1 Co. 1:26-31). Le da seguridad, porque su salvación descansa en el propósito inmutable de Dios (Ro. 8:28-30). Y lo lleva a la adoración, para alabanza de la gloria de la gracia de Dios (Ef. 1:3-6).

La salvación

Solo Dios salva. Creemos que la salvación es enteramente obra de la gracia de Dios de principio a fin. Es monergista (del griego *monos*, «uno», y *ergon*, «obra»): en la regeneración, solo Dios actúa para dar vida espiritual a los espiritualmente muertos. Rechazamos el sinergismo (*syn*, «juntos», y *ergon*), la idea de que la gracia de Dios y el libre albedrío del hombre cooperan para producir el nuevo nacimiento, de modo que la obra de Dios depende de la decisión del hombre. Aparte de la obra regeneradora del Espíritu, la voluntad del hombre está esclavizada al pecado; no puede ni quiere venir a

Dios (Jn. 6:44; Ro. 8:7-8). Un muerto no puede resucitarse a sí mismo. Así como Lázaro no pudo responder a Cristo hasta que Cristo le dio vida, el pecador no puede creer hasta que Dios le da vida (Jn. 11:43-44; Ef. 2:1-5). Dios produce ordinariamente este nuevo nacimiento por medio de la predicación del evangelio, mientras el Espíritu llama eficazmente a Sus elegidos por Su Palabra (Ro. 10:17; Stg. 1:18; 1 P. 1:23). Por lo tanto, la regeneración es lógicamente anterior a la fe y es su causa: «Todo el que cree que Jesús es el Cristo ha llegado a ser un hijo de Dios» (1 Jn. 5:1; Jn. 1:13; 3:3-8). El pecador verdaderamente se arrepiente y verdaderamente cree; son sus propios actos, pero no puede producirlos por su propio poder. La fe y el arrepentimiento son dones que Dios da a quienes Él ha vivificado solo por Su poder (Hch. 11:18; 16:14; Ef. 2:8-9; Fil. 1:29).

El don de la salvación. La ley de Dios exige obediencia perfecta, y quien obedece todas las leyes excepto una es culpable de haberlas quebrantado todas (Gá. 3:10; Stg. 2:10). Toda persona ha fallado en guardar la ley de Dios y está condenada bajo Su justa ira, porque la paga que deja el pecado es la muerte (Jn. 3:36; Ro. 3:23; 6:23). El hombre no tiene justicia propia; nació en pecado y es incapaz de ganar algún mérito delante de Dios (Is. 64:6; Ro. 3:10-12). A Jesús le costó Su propia vida y Su sangre pagar el precio completo del pecado y su castigo, para que la salvación pudiera ofrecerse gratuitamente a todos como un regalo (Is. 53:5-6; Ef. 1:7; Ap. 22:17). A todos se les manda arrepentirse de su pecado, confesar con su boca que Jesús es el Señor y creer en su corazón que Dios lo levantó de los muertos y que Cristo consumó la obra de salvación en la cruz del Calvario (Mr. 1:15; Jn. 19:30; Hch. 2:38; 17:30; Ro. 10:9-10). Nadie se arrepentirá verdaderamente ni huirá a Cristo hasta que entienda que ha quebrantado la ley de Dios y está bajo la ira de Dios. El Espíritu Santo usa la ley para exponer el pecado, producir total desesperación en el pecador y llevarlo solo a Cristo, quien cumplió perfectamente la ley a nuestro favor (Mt. 5:17; Jn. 16:8; Ro. 3:19-20; 7:7-13, 24-25; Gá. 3:24).

Justificación solo por la fe. El pecador es declarado justo delante de Dios no por ninguna obra propia, sino solo por gracia, solo por medio de la fe, solo en Cristo. En el momento de la fe salvadora, Dios perdona todos sus pecados y le acredita la justicia perfecta de Cristo (Ro. 3:24-28; 4:5; 5:1; 2 Co. 5:21; Fil. 3:9). Las buenas obras no producen la salvación, pero son su fruto y su evidencia necesarios (Ef. 2:10; Stg. 2:17-18).

Adopción y santificación. En la salvación, todo creyente es adoptado como hijo de Dios (Jn. 1:12; Ro. 8:15-17). Desde ese momento, Dios mismo obra para hacer santo a Su hijo. Por el Espíritu Santo, Él renueva progresivamente al creyente, le da poder para hacer morir el pecado y lo conforma a la imagen de Cristo, y completará esta obra en el día de la gloria (Ro. 8:13, 29-30; 2 Co. 3:18; Fil. 1:6). El creyente responde con rendición, arrepentimiento, obediencia, gratitud y adoración, porque Dios es quien obra en él y le da el deseo y el poder para hacer lo que a Él le agrada (Ro. 12:1-2; Fil. 2:12-13). Como el pecado permanece hasta la gloria, este arrepentimiento es diario. Como

enseñó Lutero, cuando Cristo dijo «Arrepiéntanse», quiso que toda la vida de los creyentes fuera de arrepentimiento (Mt. 4:17; 1 Jn. 1:8-9).

Seguridad eterna y perseverancia. La salvación es eterna, no circunstancial, porque descansa en Dios y no en el hombre. A los que Dios escogió, llamó y justificó, también los glorificará, y nada en toda la creación podrá separarlos de Su amor en Cristo (Ro. 8:30, 38-39). Un verdadero creyente nunca puede perder su salvación, porque Cristo da vida eterna a Sus ovejas, y nadie las puede arrebatar de Su mano ni de la mano del Padre (Jn. 6:37-40; 10:27-29). Dios, que comenzó en ellos la buena obra, la continuará hasta que quede completamente terminada (Fil. 1:6).

Los que Dios ha salvado verdaderamente perseverarán en la fe y en la santidad hasta el fin, no por su propia fuerza, sino guardados por Su poder (1 P. 1:5; Jud. 24). Un creyente puede caer en pecado por un tiempo, pero Dios, como Padre amoroso, disciplinará a Su hijo y lo llevará al arrepentimiento (He. 12:5-11). Por lo tanto, si una persona se aparta de Cristo y no es disciplinada por Dios hasta el arrepentimiento, muestra que nunca nació de nuevo (1 Jn. 2:19). La seguridad de la salvación descansa en las promesas de Dios, la obra consumada de Cristo, el testimonio interior del Espíritu y el fruto de una vida cambiada (Ro. 8:16; He. 6:9-12; 1 Jn. 5:13).

La iglesia

Su naturaleza. La iglesia es el cuerpo de Cristo, del cual solo Él es la cabeza (Ef. 1:22-23). Está formada por todos los verdaderos creyentes, nacidos de nuevo por el Espíritu y unidos a Cristo solo por la fe (1 Co. 12:12-13). La iglesia local es una congregación de creyentes bautizados que se reúnen para adorar, sentarse bajo la Palabra, observar las ordenanzas y cuidarse unos a otros (Hch. 2:41-47; He. 10:24-25).

Su orden y disciplina. Cristo gobierna Su iglesia por medio de ancianos calificados, que pastorean y protegen el rebaño, y de diáconos, que sirven a sus necesidades (Hch. 20:28-31; 1 Ti. 3:1-13). La iglesia debe ejercer una disciplina amorosa para proteger su pureza y su unidad, tanto ante el pecado no arrepentido como ante quienes causan divisiones, calumnian o atacan al rebaño y a sus líderes (Mt. 18:15-20; Ro. 16:17-18; Tit. 3:10-11).

Su discipulado. La iglesia está llamada a hacer discípulos, no solamente convertidos. Sus líderes deben equipar a los santos, cimentando a cada miembro en la sana doctrina y en la obediencia a la Palabra de Dios, para que crezcan hasta la madurez y no sean llevados por todo viento de doctrina (Mt. 28:20; Ef. 4:11-16). La verdad debe encargarse a personas dignas de confianza que estén capacitadas para transmitirla a otros (2 Ti. 2:2).

Su Rey y su misión. Cristo reina ahora sobre Su iglesia desde el cielo, y «los mil años» de Apocalipsis 20 describen esta era presente entre Su primera y Su segunda venida (Ef. 1:20-22; Ap. 20:1-6). Hasta que Él regrese, la iglesia está llamada a soportar fielmente la tribulación, predicar el evangelio con valentía, hacer discípulos de

todas las naciones y plantar iglesias entre todos los pueblos (Mt. 28:18-20; Jn. 16:33; Hch. 14:21-23). El día y la hora de Su regreso solo Dios los conoce (Mt. 24:36).

Las ordenanzas de la iglesia

El bautismo en agua (bautismo del creyente)

El bautismo es una ordenanza mandada por Cristo para la iglesia. Se realiza en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, como declaración pública de fe y compromiso con Cristo. El bautismo representa la unión del creyente con Cristo en Su muerte, sepultura y resurrección, y se administra por inmersión en agua. El bautismo no salva ni regenera; es la señal externa de la obra interna de salvación que Dios ya ha realizado. La persona que se bautiza es aquella a quien Dios ha hecho una nueva criatura por la obra regeneradora de Su Espíritu, y que ha reconocido su pecado, se ha arrepentido y ha creído en Cristo.

El bautismo de infantes. No hay ningún ejemplo de bautismo de infantes registrado en las Escrituras. Las Escrituras no relacionan el bautismo con la circuncisión física de los infantes. Más bien, relacionan el bautismo con la circuncisión del corazón, «no mediante un procedimiento corporal», que Dios realiza en la regeneración (Col. 2:11-12). Esta circuncisión del corazón ocurre ordinariamente en un niño o un adulto que ha oído el evangelio (Ro. 10:17) y ha respondido con arrepentimiento y fe (Hch. 2:38). A diferencia de la comunidad del Antiguo Pacto, que incluía creyentes e incrédulos, cada miembro del Nuevo Pacto ha nacido de nuevo (Jer. 31:31-34; Ez. 36:26-27; Jn. 3:3-5).

Por lo tanto, el bautismo, la señal del Nuevo Pacto, pertenece solo a quienes dan evidencia creíble de fe en Cristo. Puesto que un infante no puede ejercer fe salvadora, no practicamos el bautismo de infantes. Los padres pueden presentar a sus hijos al Señor en un servicio de dedicación, pero no se usa agua, para que la dedicación nunca se confunda con el bautismo del creyente que enseñan las Escrituras. (Mt. 28:19; Hch. 2:38, 41; 8:12, 26-39; 16:31-34; Ro. 6:3-5; Col. 2:11-12; 1 P. 3:21)

La Cena del Señor

La Cena del Señor es una ordenanza que Cristo instituyó la noche en que fue entregado, y Su iglesia debe observarla hasta que Él venga (Mt. 26:26-29; 1 Co. 11:23-26). En obediencia a Su mandato de hacerlo en memoria de Él, nos reunimos a Su Mesa para recordar Su cuerpo partido y Su sangre derramada por nuestros pecados, y para anunciar Su muerte hasta que Él regrese. Las Escrituras no mandan con qué frecuencia debe observarse la Cena del Señor, sino que solo hablan de cada vez que comemos este pan y bebemos de esta copa (1 Co. 11:26). En la Iglesia Bíblica Petra celebramos normalmente la Cena del Señor el primer domingo de cada mes.

Su significado. El pan y la copa son señales y sellos del cuerpo de Cristo entregado y de Su sangre derramada por nosotros. No se convierten en Su cuerpo y Su sangre

reales, ni la Cena es un sacrificio repetido, porque Cristo se ofreció una vez para siempre (He. 10:10-14). Sin embargo, la Cena es mucho más que un memorial; es un medio de gracia. Pablo llama a la copa y al pan una *koinōnía* de la sangre y del cuerpo de Cristo (1 Co. 10:16). Esta palabra griega significa una verdadera participación y comunión, no un simple recuerdo. Cristo no está físicamente presente en los elementos, pero está verdaderamente presente por Su Espíritu ante la fe de Su pueblo. Cuando los creyentes reciben el pan y la copa con fe, se alimentan espiritualmente de Cristo crucificado y son fortalecidos en su comunión con Él y unos con otros (Jn. 6:53-57; 1 Co. 10:16-17).

Sus participantes. La Cena del Señor es para los creyentes bautizados que andan en arrepentimiento y fe. No es una recompensa para los espiritualmente fuertes ni una mesa para los que no tienen pecado. Es un medio de gracia para pecadores que confían en Cristo. Ningún creyente viene siendo digno en sí mismo; venimos porque Cristo es digno y Su sangre fue derramada por nuestros pecados (1 Co. 11:26-28; 1 Jn. 1:7-9). Participar de manera indigna no significa venir como un creyente imperfecto. Significa venir con descuido, con pecado no confesado que nos negamos a abandonar, o con un corazón que menosprecia el cuerpo de Cristo (1 Co. 11:27-29).

La preparación del corazón. Antes de acercarse a la Mesa, cada creyente debe examinar su propio corazón, confesando y apartándose de todo pecado conocido (1 Co. 11:28, 31). Esto incluye toda amargura o falta de perdón que tenga hacia otra persona. Así como Dios nos perdonó en Cristo, debemos perdonar a quienes han pecado contra nosotros, obedeciendo prontamente la dirección del Espíritu antes de tomar el pan y la copa (Mt. 6:14-15; Mr. 11:25; Ef. 4:32; Col. 3:13). Si sabemos que un hermano tiene algo contra nosotros, debemos buscar reconciliarnos, en cuanto dependa de nosotros (Mt. 5:23-24; Ro. 12:18).

Nuestra respuesta. En la Mesa nos dolemos por nuestro pecado, pero venimos con gozo, dando gracias y alabando a Dios mientras meditamos en el sufrimiento, la muerte y la resurrección de Cristo a nuestro favor (Hch. 2:46; 1 Co. 15:1-19). Esperamos con esperanza Su regreso, cuando comeremos y beberemos con Él en Su reino (Mt. 26:29; 1 Co. 11:26).

Los dones del Espíritu Santo

Su origen. Los dones espirituales son dados por Dios según Su voluntad soberana. El Espíritu Santo los reparte a cada creyente como Él quiere; nunca se ganan ni se exigen (1 Co. 12:11; He. 2:4). Todo creyente ha recibido al menos un don (1 P. 4:10). Un mismo don puede expresarse en muchos ministerios distintos, porque «hay distintas clases de dones espirituales, pero el mismo Espíritu es la fuente de todos ellos. Hay distintas formas de servir, pero todos servimos al mismo Señor» (1 Co. 12:4-6).

Su propósito. Los dones espirituales se dan para el bien común, para servir a otros y edificar el cuerpo de Cristo en amor, no para ganancia egoísta ni gloria personal (1 Co. 12:7; 14:12, 26; Ef. 4:11-16). Es tanto el privilegio como la responsabilidad de todo

creyente usar fielmente sus dones en servicio a la iglesia local, para que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo (Ro. 12:6-8; 1 P. 4:10-11).

Sus clases. El Nuevo Testamento da varias listas de dones (Ro. 12:6-8; 1 Co. 12:8-10, 28; Ef. 4:11; 1 P. 4:10-11). Pedro los resume en dos grandes categorías: dones de palabra y dones de servicio. Quien tiene el don de hablar debe hablar como si Dios mismo estuviera hablando por medio de él; quien tiene el don de servir debe hacerlo con la fuerza y la energía que Dios da (1 P. 4:11). Cristo también ha dado a Su iglesia líderes para equipar a los santos para la obra del ministerio (Ef. 4:11-12).

Dones fundacionales. Algunos dones, como el apostolado, la profecía reveladora, las lenguas y el don apostólico de sanidad, fueron fundacionales y sirvieron para autenticar el mensaje apostólico mientras se establecía la iglesia (2 Co. 12:12; Ef. 2:20; He. 2:3-4). Estos han cesado (véanse «Las lenguas y la profecía reveladora» y «Las sanidades»). Lo que permanece es la proclamación fiel de la Palabra de Dios a partir de un canon cerrado (2 Ti. 4:2; 1 P. 4:11).

Discernimiento. El discernimiento es necesario en el uso y la supervisión de los dones espirituales, porque Satanás se disfraza como ángel de luz y procura falsificar las obras de Dios con el espíritu del anticristo (2 Co. 11:14; 1 Jn. 4:1-3). Todo don debe ejercerse en sujeción a las Escrituras, bajo la supervisión de los ancianos y con orden en la iglesia, porque Dios no es Dios de desorden sino de paz (1 Co. 14:33, 40; He. 13:17).

Las lenguas y la profecía reveladora

Creemos que las Escrituras enseñan que los dones de lenguas y de profecía reveladora fueron dados por Dios para un período único y fundacional de la historia de la redención. Con el cierre de la era apostólica y la conclusión del canon de las Escrituras, estos dones han cesado. Como afirman las confesiones reformadas históricas, las formas anteriores en que Dios revelaba Su voluntad a Su pueblo han cesado, porque Él ha hablado de manera final y plena en Su Hijo y nos ha dado Su Palabra escrita completa (Ef. 2:20; He. 1:1-2; Jud. 3).

Lo que eran las lenguas. El don de lenguas en el Nuevo Testamento era la capacidad milagrosa de hablar verdaderos idiomas humanos que el que hablaba nunca había aprendido (Hch. 2:4-11). Las lenguas en Corinto eran el mismo don. Pablo las compara con idiomas extranjeros, y necesitaban interpretación, es decir, traducción, porque los oyentes no conocían el idioma que se hablaba (1 Co. 14:10-11, 13, 27-28). Cuando Pablo dice que el que habla en lenguas «le hablará sólo a Dios, dado que la gente no podrá entenderle», está corrigiendo su uso sin interpretación, ya que nadie de los presentes podía entenderlo (1 Co. 14:2). Las Escrituras no enseñan un lenguaje privado de oración o «lenguaje celestial», ni un habla extática que no sigue ningún patrón lingüístico. La referencia de Pablo a «todos los idiomas del mundo y de los ángeles» es hipotética, parte de una serie de exageraciones que muestran que todo don es inútil sin amor; no es una descripción del don mismo (1 Co. 13:1-3).

Por qué fueron dadas las lenguas. Las lenguas sirvieron como señal. En Babel, Dios confundió los idiomas de la humanidad y esparció a las naciones en juicio (Gn. 11:1-9). En Pentecostés, Él comenzó a revertir esa maldición, cuando personas de todas las naciones oyeron el evangelio proclamado en sus propios idiomas y fueron reunidas en un solo pueblo (Hch. 2:5-11; Ro. 1:16-17). Las lenguas también fueron una señal de juicio para el Israel incrédulo (Is. 28:11-12; 1 Co. 14:21-22). El derramamiento visible del Espíritu, acompañado de lenguas en Cesarea y en Éfeso, confirmó públicamente que los samaritanos, los gentiles y los discípulos de Juan eran recibidos en el único pueblo de Dios en igualdad con los judíos creyentes (Hch. 8:14-18; 10:44-46; 11:15-18; 19:1-7). Esta obra de unir a judíos y gentiles en un solo cuerpo se realizó por medio del ministerio de los apóstoles (Ef. 2:11-22; 3:4-6). Una vez plenamente establecida esta unidad y puesto el fundamento apostólico, la señal de las lenguas cumplió su propósito y cesó con el cierre de la era apostólica (Ef. 2:20; He. 2:3-4).

Un período fundacional e irrepetible. La iglesia está «edificada sobre el fundamento de los apóstoles y los profetas. Y la piedra principal es Cristo Jesús mismo» (Ef. 2:20; 3:5). Un fundamento se pone una sola vez. Los dones milagrosos de señales autenticaron a los apóstoles y su mensaje mientras se ponía ese fundamento (Hch. 2:43; 5:12; 2 Co. 12:12; He. 2:3-4). El Nuevo Pacto fue inaugurado por la muerte de Cristo (Lc. 22:20; He. 9:15), y el libro de Hechos registra el período único e irrepetible en que ese pacto se estableció entre judíos, samaritanos y gentiles. Por lo tanto, la capacitación divina especial dada a los apóstoles no es un modelo que todo creyente deba repetir. Sin embargo, Hechos sigue siendo nuestro modelo para la misión: predicar el evangelio, hacer discípulos, plantar iglesias y nombrar ancianos para pastorearlas (Hch. 2:42; 13:1-3; 14:21-23; 20:28). Esa obra fundacional está completa, y ahora vivimos en la era del Nuevo Pacto establecida por la obra consumada de Cristo (He. 8:6-13; Ap. 21:14).

La suficiencia de las Escrituras. Dios ha hablado de manera final y plena en Su Hijo, y nos ha entregado «la fe que Dios ha confiado una vez y para siempre a su pueblo santo» (He. 1:1-2; Jud. 3). Las Escrituras son suficientes para preparar al creyente y capacitarlo para hacer toda buena obra (2 Ti. 3:16-17; 2 P. 1:3). Como afirman las confesiones reformadas, nada debe añadirse jamás a las Escrituras, ya sea por nuevas revelaciones del Espíritu o por tradiciones de hombres. Por lo tanto, no hay necesidad de nueva revelación, de una «palabra profética» ni de un mensaje privado del Señor que añada algo a lo que Dios ha hablado. Quien habla hoy en la iglesia debe hablar como si Dios mismo estuviera hablando por medio de él, proclamando fielmente Su Palabra completa (2 Ti. 4:2; 1 P. 4:11).

La obra continua del Espíritu. La cesación de estos dones no significa que el Espíritu haya dejado de obrar. El Espíritu Santo sigue iluminando las Escrituras, guiando a los hijos de Dios en santidad, dando sabiduría y discernimiento, ayudándonos en la oración y dando poder a la predicación del evangelio (Sal. 119:18; Jn. 16:13-14; Ro. 8:14, 26; 1 Co. 2:12; Fil. 1:9-10; 1 Ts. 1:5). Dios puede guiar a Su pueblo por medio de Su providencia y del consejo de creyentes piadosos, pero ninguna impresión, experiencia

o circunstancia tiene jamás la autoridad de las Escrituras. Todo debe ser probado por la Palabra que solo Él inspiró (Hch. 17:11; 1 Ts. 5:21; 1 Jn. 4:1).

Las sanidades

Dios sana hoy. Creemos que Dios, en Su bondad soberana, sana hoy a los enfermos, tanto por medios ordinarios como a veces de manera milagrosa, en respuesta a las oraciones de Su pueblo. El creyente enfermo debe llamar a los ancianos de la iglesia para que oren por él y lo unjan con aceite en el nombre del Señor, confiando en que Dios sana conforme a Su voluntad (Stg. 5:14-16). Dios también ha dado medios para la salud por Su gracia común: remedios naturales de Su creación, la habilidad de los médicos y la medicina sensata, y el cuidado de nuestro cuerpo mediante el descanso y el ejercicio, administrándolo como templo del Espíritu Santo (Sal. 104:14; Is. 38:21; 1 Co. 6:19-20; Col. 4:14; 1 Ti. 4:8; 5:23). Todos estos medios deben usarse con oración y discernimiento, porque nuestra confianza no descansa en los medios, sino en el Señor que sana (Éx. 15:26; 2 Cr. 16:12).

El don apostólico de sanidad. Distinguimos entre Dios sanando en respuesta a la oración y el *don* de sanidad dado a ciertas personas. En el Nuevo Testamento, los apóstoles y quienes estaban estrechamente relacionados con ellos sanaban de manera instantánea, completa y pública, incluso a personas con condiciones de toda la vida y aun a incrédulos (Hch. 3:1-10; 5:12-16; 9:32-35; 28:8-9). Estos milagros eran las pruebas de que alguien era un verdadero apóstol, dadas para autenticar el mensaje apostólico mientras se ponía el fundamento de la iglesia (2 Co. 12:12; Ef. 2:20; He. 2:3-4). Ni siquiera los apóstoles sanaban a voluntad. Pablo dejó enfermo a Trófimo, y Epafrodito estuvo a punto de morir (Fil. 2:25-27; 2 Ti. 4:20).

El oficio apostólico ha terminado. Un apóstol de Cristo tenía que ser testigo ocular del Señor resucitado y ser comisionado personalmente por Él (Hch. 1:21-22; 1 Co. 9:1). Pablo se describe a sí mismo como el último a quien se apareció Cristo resucitado (1 Co. 15:8). Con la muerte de los apóstoles, el oficio apostólico y los dones de señales que lo autenticaban han cesado. Por lo tanto, no reconocemos a nadie hoy como poseedor de un don apostólico de sanidad, y rechazamos todos los «ministerios de sanidad» que afirman tener tal don.

La enfermedad, la fe y el sufrimiento. Toda enfermedad es, en última instancia, resultado de vivir en un mundo caído (Ro. 5:12; 8:20-23), pero la mayoría de las enfermedades no son resultado del pecado personal del creyente ni de su falta de fe (Jn. 9:1-3; 2 Co. 12:7-10; Gá. 4:13-14; 1 Ti. 5:23). A veces Dios sí usa la enfermedad como disciplina por un pecado no arrepentido (1 Co. 11:30; Stg. 5:15-16). Rechazamos la enseñanza de que Dios promete salud a todo creyente que tenga suficiente fe. La expiación de Cristo sí asegura la sanidad de nuestro cuerpo, pero esa sanidad se recibirá plenamente en la resurrección; no está garantizada en esta vida (Is. 53:4-5; Mt. 8:16-17; Ro. 8:23; 1 Co. 15:42-44). Dios es glorificado tanto cuando sana como cuando sostiene a Sus hijos en el sufrimiento por Su gracia. Él usa la aflicción para refinar su

fe, producir paciencia y conformarlos a Cristo (Jn. 11:4; Ro. 5:3-5; 2 Co. 4:16-18; 12:9; Stg. 1:2-4). Satanás puede falsificar señales y prodigios, por lo que toda afirmación de lo milagroso debe ser probada por la Palabra de Dios (Mt. 7:21-23; 2 Co. 11:14; 2 Ts. 2:9; 1 Jn. 4:1).

Nuestra esperanza final. La sanidad completa espera la resurrección, cuando Dios hará nuevos nuestros cuerpos y enjugará toda lágrima (Ro. 8:23; Ap. 21:4).

Satanás y los demonios

Su origen. Satanás y sus demonios son seres espirituales reales e individuales. Dios los creó buenos, pero se rebelaron contra Él por orgullo y cayeron (Ez. 28:12-17; 2 P. 2:4; Jud. 6). Satanás engañó a Adán y Eva en el huerto e introdujo el pecado en el mundo (Gn. 3:1-15; Jn. 8:44). Es un ser creado, siempre bajo la autoridad soberana de Dios, y no puede hacer nada sin el permiso de Dios (Job 1:12; 2:6).

Su derrota. Cristo Jesús derrotó a Satanás y a sus demonios por medio de Su muerte y resurrección, despojándolos y triunfando sobre ellos en la cruz (Col. 2:15; He. 2:14-15; 1 Jn. 3:8). Por la victoria de Cristo, Satanás está atado en esta era, de modo que no puede engañar a las naciones ni detener el avance del evangelio (Mt. 12:28-29; Jn. 12:31; Ap. 20:1-3). Esta atadura no significa que Satanás esté inactivo. Todavía se enfurece contra la iglesia y persigue a los santos, pero solo dentro de los límites que Dios permite, y nunca puede prevalecer contra la iglesia de Cristo (Mt. 16:18; 1 P. 5:8; Ap. 2:10; 20:4).

Nuestra batalla. Aunque derrotado, Satanás todavía anda al acecho como un león rugiente, buscando a quién devorar (1 P. 5:8). El hijo de Dios debe vestirse cada día de toda la armadura de Dios y estar firme contra las mentiras y tentaciones del mundo, la carne y el diablo, llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo (2 Co. 10:5; Ef. 6:10-18; 1 Jn. 2:15-17). Sin embargo, de todos los enemigos del cristiano, el más peligroso no es Satanás ni sus demonios, sino su propia carne, que batalla contra el Espíritu (Gá. 5:17; Stg. 1:14-15). Por lo tanto, aunque oramos pidiendo la protección de Dios contra el mundo y el maligno, debemos orar con mayor frecuencia pidiendo protección de nuestro propio corazón, que es propenso a engañarnos y corrompernos. Debemos guardar nuestro corazón con toda diligencia y pedir a Dios que nos examine, nos libre de los errores ocultos y nos guarde del pecado deliberado (Sal. 19:12-13; 139:23-24; Pr. 4:23; Jer. 17:9; Mt. 6:13).

Posesión y opresión. No creemos que un verdadero creyente, en quien mora el Espíritu Santo, pueda ser poseído por ningún demonio, porque pertenece a Cristo, y «el Espíritu que vive en ustedes es más poderoso que el espíritu que vive en el mundo» (1 Co. 6:19-20; Col. 1:13; 1 Jn. 4:4; 5:18). Sin embargo, los verdaderos creyentes sí pueden ser oprimidos por fuerzas demoníacas, que pueden tentarlos, acusarlos, engañarlos, estorbarlos y afligirlos, como Satanás afligió a Job e incitó a David (Job 1:12–2:7; 1 Cr. 21:1; Lc. 22:31-32; 2 Co. 12:7; Ef. 4:27; 1 Ts. 2:18; Ap. 2:10; 12:10). El creyente vence tal opresión no por rituales especiales ni fórmulas, sino

sometiéndose a Dios, resistiendo al diablo, permaneciendo firme en la fe, aferrándose a la Palabra de Dios y clamando al Señor en oración, como lo hizo David en sus muchas aflicciones (Sal. 18:1-6; 34:4-7, 17-19; Ef. 6:17-18; Stg. 4:7; 1 P. 5:9).

Su fin. En el juicio final, Satanás y sus demonios serán lanzados al lago de fuego por toda la eternidad. Nunca más atacarán la gloria de Dios ni dañarán a los hijos de Dios (Mt. 25:41; Ap. 20:10).

El regreso de Cristo, la resurrección final y el juicio

El regreso de Cristo. Creemos que el Señor Jesucristo regresará de manera personal, corporal, visible y en gloria, en un tiempo que solo Dios conoce (Mt. 24:30, 36; Hch. 1:11; 1 Ts. 4:16; Tit. 2:13). Su único regreso pondrá fin a esta era presente.

El estado intermedio. Al morir, las almas de los creyentes son hechas perfectas en santidad de inmediato y entran en la presencia de Cristo con gozo consciente, esperando la resurrección de sus cuerpos (Lc. 23:43; 2 Co. 5:8; Fil. 1:21-23; He. 12:23). Las almas de los incrédulos son retenidas en tormento consciente, esperando el juicio final (Lc. 16:22-26; 2 P. 2:9). No hay purgatorio, porque el sacrificio de Cristo ha limpiado por completo a Su pueblo de todo pecado (He. 1:3; 10:14; 1 Jn. 1:7). No hay segunda oportunidad después de la muerte, porque «cada persona está destinada a morir una sola vez y después vendrá el juicio» (He. 9:27).

La resurrección. En Su regreso, Cristo resucitará corporalmente a todos los muertos, a justos e injustos juntos, en una sola resurrección general (Dn. 12:2; Jn. 5:28-29; Hch. 24:15). Los creyentes que estén vivos en Su venida serán transformados en un instante y arrebatados junto con ellos para encontrarse con el Señor (1 Co. 15:51-53; 1 Ts. 4:16-17).

El juicio final. Cristo, a quien el Padre ha dado todo juicio, juzgará a todas las personas según sus obras (Jn. 5:22; Hch. 17:31; Ro. 2:6-8; Ap. 20:11-15). Toda persona dará cuenta de sus pensamientos, palabras y obras, porque estos revelan la verdadera condición del corazón (Ecl. 12:14; Mt. 12:34-37; 1 Co. 4:5). Los incrédulos serán justamente condenados. Los creyentes no serán condenados, porque Cristo ha pagado completamente sus pecados (Jn. 5:24; Ro. 8:1). Sus obras serán manifestadas y recompensadas como fruto de la gracia de Dios en ellos (1 Co. 3:12-15; 2 Co. 5:10).

El destino eterno de los justos. Los elegidos de Dios, resucitados con cuerpos glorificados semejantes al de Cristo, morarán con Dios para siempre en los cielos nuevos y la tierra nueva, reinando con Cristo en gozo eterno, libres del pecado, el dolor, el sufrimiento y la muerte (Fil. 3:20-21; 2 P. 3:13; Ap. 21:1-4; 22:3-5). La creación misma será liberada de la muerte y la descomposición (Ro. 8:19-23).

El destino eterno de los malvados. Los malvados, los que no han creído, serán lanzados al lago de fuego para sufrir un castigo consciente, corporal y eterno bajo la justa ira de Dios, separados de Su favor para siempre (Mt. 25:41, 46; 2 Ts. 1:7-9; Ap.

14:10-11; 20:15). El castigo de los malvados es eterno, así como la vida de los justos es eterna, porque Jesús describe ambos con la misma palabra: «eterno» (Mt. 25:46). Por lo tanto, rechazamos tanto el aniquilacionismo, la creencia de que los malvados serán destruidos y dejarán de existir, como el universalismo, la creencia de que todos serán finalmente salvos.

Nuestra esperanza. Esta esperanza gloriosa mueve a la iglesia a la santidad, la perseverancia y la urgencia de proclamar el evangelio a todas las naciones antes de que venga el Día del Señor (Mt. 24:14; Tit. 2:11-14; 2 P. 3:11-14).